



CAMBIO CLIMÁTICO, (IN)SEGURIDAD Y MOVILIDADES EN EL SAHEL

27/5/21, Casa África/online

Dr. Oriol Puig Cepero, investigador del CIDOB

El desierto del Sáhara avanza inexorablemente ante el embate del cambio climático. Eso provoca hambrunas, más conflictos y más migraciones en la zona vulnerable del Sahel. Esta es la narrativa hegemónica sobre la región que atañe básicamente a Níger, Mali y Burkina Faso. Contiene parte de verdad y es verosímil para la mayoría de responsables políticos. Sin embargo, nada es tan sencillo ni simple y considerarlo así invita a error tanto en el análisis como en las medidas propuestas para afrontar los retos.

Este artículo quiere contribuir a profundizar en el nexo cambio climático, desarrollo, seguridad y movilidad desde la complejidad y el rigor. Para ello, repasa algunos debates académicos abiertos respecto a los impactos del calentamiento global en la zona. Aporta resultados originales en cuanto a la intersección entre los efectos del calentamiento global y las estrategias securitarias y migratorias actuales y, finalmente, propone recomendaciones de cara a mejorar la resiliencia climática en la región.

El texto se asienta en un amplio estudio basado en una encuesta en línea entre más de 200 expertos; entrevistas semi-estructuradas con los principales actores involucrados en estos ámbitos; un análisis de datos históricos sobre cambio climático, seguridad alimentaria y conflicto y un ejercicio de prospectiva y construcción de escenarios a 30 años vista. De todo ello, se deducen dos principios generales, no siempre evidentes: 1) El cambio climático es un factor importante de presente y futuro en el Sahel Central, y 2) sus impactos están condicionados a la evolución sociopolítica de la zona. Eso significa que el calentamiento global es un fenómeno fundamentalmente político tanto en sus causas como consecuencias.

¿Desertificación o reverdecimiento?

El Sahel central se encuentra entre las regiones del planeta más vulnerables a todos los niveles. Los tres países analizados, Mali, Níger y Burkina Faso, poseen los Índices de Desarrollo Humano más bajos de la Tierra. Sus principales actividades económicas descansan sobre el sector primario, básicamente agricultura, pastoreo y pesca, que dependen en gran medida de la meteorología. El discurso más conocido en torno al cambio climático en este lugar se refiere a

Página 1 | 8



la escasez de precipitaciones, la creciente desertificación y la debilitación de los medios de vida locales. Sin embargo, parece que la expansión general del desierto del Sáhara no está del todo acreditada. De hecho, los estudios de Observación de la Tierra rebatirían este relato al demostrar un resurgimiento de la vegetación en las últimas tres décadas. Cabe decir que el debate en torno a la desertificación y el reverdecimiento es intenso y está abierto, aunque a nivel político-mediático a menudo se elude.

En cuanto a las proyecciones climáticas no son concluyentes y difieren según los periodos, espacios geográficos y modelos usados. Es difícil, por tanto, prever lo que sucederá, puesto que también dependerá de las medidas de mitigación y adaptación que se implementen. Las sequías, por ejemplo, no llevan indefectiblemente a la desertificación sino que intervienen otros factores antropogénicos relativos al uso y conservación de la tierra, formas de asentamiento humano o el crecimiento poblacional, entre otros. Ante la dificultad de predicciones exactas, el único consenso académico sobre los impactos más importantes reposa en tres ejes: 1) el aumento de la frecuencia de eventos climáticos extremos (sequías y lluvias torrenciales); 2) el incremento de temperaturas 1.5 veces más rápido que la media global y 3) la mayor variabilidad de las lluvias en tiempo y espacio, según los datos del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio climático (IPCC, por sus siglas en inglés)

La importancia del agua en esta franja básicamente semiárida está fuera de toda duda, aunque su escasez respecto épocas pasadas también es cuestionable. Las tres fuentes principales de la zona son el río Níger, el río Volta y el Lago Chad, así como un gran número de acuíferos. A menudo se presenta al Lago Chad como ejemplo paradigmático del impacto del cambio climático en la región. Se muestra en retroceso o incluso en vías de desaparición. Sin embargo, estudios recientes demostrarían que las aguas subterráneas de la cuenca, que representan más del 80% del depósito, lejos de encogerse, estarían aumentando. Es cierto que durante las sequías de los años setenta y ochenta, el lago se contrajo significativamente, pero en la actualidad su almacenamiento superficial se estima estable. De igual forma, el retorno de las lluvias estaría aumentando las reservas acuíferas vinculadas a los ríos Níger y Volta. Eso rompería de nuevo con el discurso sobre la carestía y se focalizaría la atención en la gestión (política) de los recursos. En el caso del agua, el reto sería cómo explotar de forma sostenible las reservas efectivas.



Cambio climático y (in)seguridad alimentaria

Desentrañar el rol del cambio climático respecto a la inseguridad alimentaria, los conflictos y las migraciones no es fácil y los expertos difieren sobre la imbricación entre ellos. Mayoritariamente se desestima la relación causa-efecto y se defiende la multiplicidad de factores en interacción. El hambre y los conflictos, por ejemplo, son fundamentalmente políticos y desposeerlos de esa condición puede jugar a favor de líderes tentados a eximir sus responsabilidades para señalar sólo a las inclemencias meteorológicas.

En la inseguridad alimentaria de más de 14 millones de personas en el Sahel participan componentes relacionados con la disponibilidad, acceso, utilización y estabilidad de los alimentos. Los conflictos violentos que desplazan a miles de personas perturban la producción y el acceso a los mercados a corto plazo; los factores crónicos y estructurales como la marginación social o la desigual distribución de los recursos naturales o la dependencia crónica internacional condicionan también el contexto actual. A diferencia de lo que se acostumbra a pensar, los sistemas de producción de alimentos poseen suficiente capacidad para abastecer a las poblaciones locales. Sin embargo, se siguen importando grandes cantidades de alimentos básicos, lo cual hace más vulnerables a estos estados respecto a los precios internacionales y la especulación.

Organismos regionales como la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) están promoviendo en los últimos años una serie de iniciativas a favor de la seguridad alimentaria. Por eso han creado una reserva regional de cereales para responder mejor a las crisis alimentarias. Aunque han podido desarrollar cierta capacidad institucional y liderazgo político en este ámbito, sigue dependiendo, sin embargo, de los donantes internacionales, los cuales tienen sus propios intereses.

Nuestra investigación establece que el cambio climático probablemente afectará a los medios de subsistencia y empeore la situación de inseguridad alimentaria. La gravedad de los impactos dependerá de las capacidades de riego y de la presencia o ausencia de salvaguardias como el acceso a los mercados, al crédito, a los servicios o a las redes de seguridad social. Como es habitual, los efectos impactarán mayormente entre las capas más vulnerables de la sociedad, sobre todo mujeres, jóvenes y otros grupos marginados. De la misma forma, los impactos derivados del calentamiento global variarán según los sistemas de cultivos de alimentos básicos. En este sentido, cereales como el mijo y el sorgo podrían ver reducido su rendimiento, mientras que el arroz podría incluso beneficiarse de un modesto aumento de las temperaturas.



¿Conflictos climáticos?

Los conflictos en el Sahel Central se dividen básicamente en dos: los comunitarios y los relativos a grupos extremistas violentos, aunque ambos están relacionados. Los primeros se refieren a disputas históricas entre comunidades agricultoras sedentarias y pastoras nómadas por el acceso a recursos como el agua y la tierra. Desde la desestabilización de Libia en 2011 y la consiguiente proliferación de armas en el norte de Malí, estas tensiones se han tornado más violentas, especialmente en la región del delta interior del río Níger y la zona fronteriza entre Malí, Burkina Faso y Níger, también conocida como Liptako-Gourma o la zona de las tres fronteras. Estos conflictos se remontan a agravios derivados de la implementación de políticas que han favorecido tradicionalmente la agricultura en detrimento del pastoreo. En la actualidad, la falta de una demarcación clara de la vocación de las tierras y la expansión agrícola acrecienta las pugnas. Además, la creciente privatización de la tierra, los acuerdos que contravienen relaciones consuetudinarias de tenencia de la tierra, o la ineficacia actual de los mecanismos de resolución de conflictos, incluidos los locales y tradicionales, también deterioran la situación.

Nuestro estudio concluye que muy probablemente el cambio climático añadirá un reto adicional a las relaciones entre las comunidades sahelianas a través de sus efectos perturbadores en los medios de subsistencia, el asentamiento de poblaciones y los patrones de trashumancia. La irregularidad de las lluvias, las sequías e inundaciones podrían incrementar la dispersión y el alargamiento de las rutas de ganado hacia el sur, lo cual puede llevar a más tiranteces entre colectivos. Por eso, los expertos encuestados establecen el cambio climático como factor relevante de las tensiones comunitarias, en interacción con la mala gestión de recursos y la marginación de comunidades de pastores. En este sentido, sugieren que el cambio climático podría afectar las tiranteces latentes aunque no provocar de forma directa los enfrentamientos violentos.

En cuanto a los conflictos de grupos extremistas, existe una ingente lista de estos colectivos habitualmente llamados terroristas y/o yihadistas. Algunos de éstos se encuentran bajo el paraguas de organizaciones como Al Qaeda o el Estado Islámico, como el Grupo de Apoyo al Islam y los Musulmanes (JNIM, por sus siglas en inglés), el Estado Islámico del Gran Sáhara o Boko Haram, entre otros. Aunque están activos en toda la región, su ámbito principal se limita actualmente al norte de Malí, especialmente Tombuctu y Kidal; la región de Liptako-Gourma y la cuenca del lago Chad. En los últimos tiempos, a través de distintas operaciones militares como Barkhane, Takouba, el G5 Sahel, EUTM o EUCAP-Sahel, la UE, Francia o Estados Unidos han



intentado contrarrestar la proliferación de las insurgencias, pero lejos de eso, la violencia se ha acrecentado. Según datos de ACLED, las fuerzas de seguridad de países como Mali habrían matado a más civiles que los propios grupos yihadistas. La utilización de milicias de corte étnico para combatir al terrorismo o las repetidas denuncias de vulneraciones de derechos humanos por parte de efectivos en terreno han cuestionado la efectividad de estas estrategias.

Ante esto, no es de extrañar que la gran mayoría de expertos consultados consideren las intervenciones militares extranjeras como uno de los mayores detonantes de la expansión terrorista, por delante de factores religiosos, efectos del cambio climático o escasez de recursos. Los abusos perpetrados junto a la ineficacia de las tácticas militares aumentan los ultrajes hacia ciertas comunidades y eso, en última instancia, afianza el descontento frente a las autoridades públicas. Los grupos armados explotan hábilmente esta insatisfacción para engrosar sus listas. Nuestro estudio, por tanto, considera que los efectos del calentamiento global pueden ser a lo sumo una causa indirecta de la proliferación de grupos insurgentes, mediada por sus impactos en los medios de vida rurales o la seguridad alimentaria, pero en ningún caso el origen principal.

Cambio climático e (in)movilidad

La movilidad es esencial en el Sahel como forma de diversificación de ingresos y para afrontar condiciones económicas y climáticas adversas. Existen distintos tipos de desplazamiento, desde el nomadismo y trashumancia hasta la migración campo-ciudad o la migración temporal y/o estacional hacia países vecinos. Además, en los últimos tiempos se registran cada vez más desplazamientos forzados, debido principalmente a los conflictos y la violencia creciente, pero también a los choques climáticos. El número de desplazados forzados asciende a más de 2 millones, 850.000 refugiados en la zona, en su mayoría procedentes de Malí. En cuanto a desplazados internos se encuentran principalmente en Burkina Faso, más de un millón.

La movilidad en la región es tan importante que existen normas de trashumancia que establecen corredores de ganado, así como protocolos de libre circulación en el espacio CEDEAO, una especie de Schengen en África Occidental. Las migraciones son principalmente internas y se mantienen mayoritariamente dentro de África, sobre todo hacia los países del Golfo de Guinea como Costa de Marfil, Nigeria y Ghana o el norte de África, Argelia y Libia. Sólo una pequeña porción se dirige a Europa. Esto contrasta con la importancia que ha adquirido la migración a través del Sahel central en los círculos políticos de la UE durante los últimos años, sobre todo desde la mal llamada "crisis de refugiados" de 2015. Desde la Cumbre de La Valeta



de ese mismo año, las instituciones comunitarias han desplegado una estrategia securitaria de refuerzo de fronteras y cooperación al desarrollo para intentar frenar los flujos a través de la región.

Estas políticas dificultan moviidades históricas como formas de vida; obstaculizan la adaptación efectiva al cambio climático y añaden más presión a servicios locales por el bloqueo de miles de personas. Asimismo, perpetúan estructuras depredadoras y clientelistas, desvían rutas provocando más clandestinidad y vulneración de derechos humanos, afectan a la cohesión social y, en definitiva, agravan la inestabilidad en la zona.

Asimismo, estas medidas restrictivas son incoherentes con otros objetivos de la UE en la región. Por un lado, se dice trabajar por promover la resiliencia de las poblaciones locales y, por el otro, se intenta aplacar la movilidad, que es una manera primordial de hacer frente al cambio climático. De la misma forma, se contribuye financieramente a fortalecer el regionalismo de la CEDEAO, mientras se debilita por la priorización de acuerdos bilaterales para contener a personas, como en el caso de Níger. Por último, se apuesta formalmente por la libre circulación de personas en el espacio CEDEAO y a su vez se contribuye a vulnerar los protocolos existentes.

En relación al cambio climático y la movilidad, nuestra investigación demuestra que se podría producir un aumento de los desplazamientos como consecuencia de los impactos sobre los recursos locales, los medios de subsistencia y los conflictos. Teniendo en cuenta los patrones actuales, lo más probable es que la mayor parte de esa movilidad relacionada con el clima, permaneciera dentro de África Occidental. Asimismo, la movilidad campo-ciudad también se incrementaría, lo que supondría un reto sobre la planificación urbanística y la mejora de servicios públicos de base tanto a nivel urbano como rural. Finalmente, aunque muchas veces se obvia, es importante tener en cuenta que el cambio climático induce también inmovilidad, puesto que los hogares más vulnerables pueden quedar atrapados por falta de medios para desplazarse.

Recomendaciones

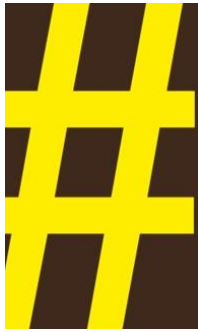
A la luz de los posibles impactos del cambio climático en el Sahel, es necesario promover la adaptación y resiliencia mediante el mejor aprovechamiento de la complementariedad entre la agricultura y el pastoreo; la relajación de las políticas de control migratorio y la redefinición de las actuales estrategias securitarias.



En cuanto a la agricultura, la prioridad debe aumentarse la productividad del suelo. Para lograrse, merece la pena recurrir a métodos de riego a pequeña escala, que aportan potenciales beneficios económicos y medioambientales. Además, debe promoverse el uso de semillas resistentes a la sequía y mejorar su apropiación por parte de las poblaciones locales. De la misma forma, es necesario valorizar el pastoreo como modo de vida y actividad productiva. Eso pasa por abordar la exclusión histórica de las comunidades de pastores y traducir en acciones concretas los compromisos políticos ya asumidos para la promoción del pastoralismo.

En relación al control migratorio, debe suavizarse para permitir la movilidad como estrategia económica, social, cultural y/o de adaptación al cambio climático. Eso significa trabajar a favor de la coherencia de políticas europeas, es decir, armonizar los objetivos de fomento de la resiliencia y el respeto a los protocolos regionales de libre circulación. Asimismo, deben incorporarse nuevas narrativas centradas en el hecho de que la migración en el Sahel permanecerá en su mayor parte dentro de la región y de África y, de mismo modo, asumir que el cambio climático también puede inducir (in)movilidad.

Finalmente, sobre las estrategias securitarias, es necesario priorizar enfoques centrados en la gobernanza y los mecanismos locales de resolución de conflictos. Debe dejar de apostarse únicamente por vías militares que conducen a balances cuestionables. Eso implica reorientar los fondos hacia desarrollo sostenible, lejos del control migratorio restrictivo y la seguridad militarizada e incluir más y mejor a la sociedad civil local. Es necesario, en definitiva, priorizar los enfoques de derechos humanos, la mejor comprensión de los riesgos climáticos, y los principios de eficacia y responsabilidad aplicables tanto a los actores locales como a los internacionales. La nueva Estrategia Integrada Europea para el Sahel ofrece una oportunidad para repensar lo que se ha hecho hasta ahora y apostar por nuevos escenarios que minimicen las vulnerabilidades de la zona desde el punto de vista socioeconómico, político y climático.



Jornadas de Seguridad #ÁfricaEsNoticia:
CICLO DE 4 WEBINARIOS SOBRE EL SAHEL Y ÁFRICA OCCIDENTAL
6, 13, 20 y 27/5/21, Casa África/online



Oriol Puig es investigador del CIDOB (Barcelona Centre for International Affairs) donde actualmente trabaja en el proyecto H2020 CASCADES sobre cambio climático, seguridad alimentaria, conflicto y migraciones en el Sahel central. Es doctor en Antropología Social por la Universidad de Barcelona (UB) y su tesis sobre movilidad transahariana entre Níger y Libia fue reconocida con el Premio Extraordinario 2017 de la UB. Es profesor asociado en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y forma parte del Grupo de Estudio de Sociedades Africanas (GESA) de la Universidad de Lleida (UdL); del Grupo de Estudios Africanos (GEA) de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) y del Grupo de Estudio sobre Migración, Espacios y Sociedades (GERMES, en francés) de la Universidad Abdou Moumouni de Niamey (Níger). Cuenta con un máster en Mediación, Relaciones internacionales y Cooperación por la UAB, Ca' Foscari de Venècia (Italia) y Paul Valéry-Montpellier III (Francia); un máster en Desarrollo Social por la Universitat Paul Valéry-Montpellier III y un

posgrado en comunicación de conflictos y paz por la UAB. También es periodista y ha trabajado como consultor para organizaciones y ONGs internacionales sobre todo en relación a la externalización de fronteras europeas en la zona del Sahel.